

Ascandoni, J. Manuel

La verdad a los obreros / por J. Manuel Ascandoni.

Madrid : Establecimiento Tipográfico de Luis Jayme,
1871.

Vol. encuadernado con 17 obras

Signatura: FEV-AV-M-00145 (17)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

LA VERDAD

Á LOS OBREROS.

FOLLETO POR

J. MANUEL ASCANDONI.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE LUIS JÁYME.

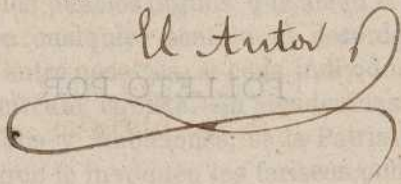
Calle del Fomento, 6. bajo.

1871.

LA VERDAD
A Ilmo Sr. D. Fructo Ramo
Calderon, en prueba de respeto,

En oficio S. S. G. B. S. M

El Autor



MADRID

1871

A los obreros.

Con la satisfacción del que cree obrar bien, y sin más objeto que llevar un grano de arena al edificio que es preciso levantar como baluarte contra el descarado socialismo que hoy se predica, publicamos este folleto, que no tiene más valor que el buen deseo del que le escribe.

Los apóstoles de la ciencia han prestado su noble y generoso concurso yendo al palenque de la discusión á combatir doctrina con doctrina y argumentos con argumentos; ellos llevarán las piedras de sosten; nosotros, con este folleto, ayudaremos hasta donde alcancen nuestras débiles fuerzas.

Al amparo de la libertad de discusión, vuelve otra vez á sacar el socialismo su horrible cabeza, amenazando conculcar las bases fundamentales de la sociedad; hoy más que nunca es preciso combatirlo, desde el más insignificante soldado hasta el más entendido general.

Y no se diga por esto que dejemos de ser partidarios de todas las libertades, siempre que no causen perjuicio de tercero ó se conviertan en libertinaje; al contrario, ni nos asustan las ideas socialistas, ni mucho menos deseamos se prohíba emitirlas, porque de este modo se discuten, y de la discusión sale la luz que ha de iluminar el caos en que se agitan y los errores en que se mueven. Por esto escribimos, para discutir é ilustrarnos discutiendo.

Hijos como el que más del trabajo, formamos parte también de esa clase social cuya emancipación se pretende, y justo es leamos lo que para los obreros se escribe, y oigamos lo que para los obreros se dice.

Leyendo y oyendo, hemos llegado á saber que se intenta la redención social del proletariado; que se incita al obrero á sacudir el yugo opresor que sobre él pesa impuesto por el capital, tirano de los tiranos; que se trata de abolir el derecho de propiedad, de establecer el derecho al trabajo, de imponer la tasa al salario y destruir todas las clases sociales, quedando sólo la redimida para devolver opresión por opresión, esclavitud por esclavitud, y yugo por yugo.

Encantador panorama, que si halagar puede en los fines, no es posible sea aceptado en los medios para lograrlo: vamos á describirle para que no se sorprenda á los incautos, y al efecto nos proponemos presentar á los obreros el cuadro aterrador que resultaría del triunfo de tan funestas utopías.

Obreros, el monstruo se presenta oculto; es forzoso arrancarle la careta y que se le conozca; si después de haberle examinado no os asusta lo horrible de su figura y aún continuais rindiéndole culto, nosotros, con la conciencia tranquila, esperaremos ya la solución del problema.

Para juzgar una cuestión, se necesita saber el pro y el contra: conocéis *algo* de *La Internacional* y de sus doctrinas; oid otras opiniones, que tienen por lo ménos el mérito de ser dictadas por la más recta intención, y después, serenos y con calma, nos direis dónde está el error y dónde la verdad.

II

¿Qué es La Internacional?

Contestando categóricamente á esta pregunta, dice el folleto *La vida del obrero*, es la aspiracion del proletariado á realizar la justicia. ¡Magnífica mision y santo fin!

El proletario de hoy, que segun los internacionalistas es la viva representacion del sudra, el pária, el esclavo y el siervo de pasadas edades, que, como entónces, sufre la explotacion más absurda, porque impera el derecho de la fuerza, porque no tiene quién le defienda de los vampiros que le chupan su sangre y despues le escarnecen, necesita realizar la justicia, hacer que triunfe en la sociedad la verdad y la moral.

Conocemos los fines; veamos si están en razon directa los medios que se proponen para alcanzarlos.

Si desgraciadamente es cierto que la sociedad no está completamente organizada, efecto de que aún la agitan las últimas convulsiones de antiguas creencias, no lo es ménos que hoy ha sufrido una trasformacion bastante considerable para que sean distintas las condiciones de desenvolvimiento en el individuo y su representacion social sea un hecho.

Sentado esto, nos permitimos preguntar á los nuevos propagandistas de *La Internacional*: ¿pretendeis emancipar al obrero? ¿y de quién? ¿del empresario? ¿Luégo le

explota? Y si esto hace, ¿cuya es la culpa? La explotación será el efecto; busquemos la causa. Discutamos, porque es muy fácil emitir un pensamiento, expresar una idea, decir una palabra de efecto; lo difícil está en explicarlo, en demostrarlo.

¿Dónde está la explotación? ¿en qué consiste? ¿En el frío cálculo que, según leemos en el folleto *La esclavitud obrera*, hace el empresario para apreciar las ganancias que le quedan con la mano de obra? ¿en la suspensión del trabajo? ¿en lo corto del salario? ¡Cuán fácil es seducir con frases sonoras en un país impresionable como éste! La explotación que pueda existir en la sociedad, sólo está y reconoce por causa la ignorancia y la inmoralidad, únicas bases de todos los males. Haced á los obreros ilustrados y morales; y si hay esa explotación aislada, que no puede ser general, la vereis desaparecer como por encanto. En vez de asociaciones de resistencia, que en sí llevan envueltas el imperio de la fuerza, ilustración es lo que se necesita. Pero no esa ilustración adquirida por el socialismo, que hasta á la enseñanza quereis llevar, sino la adquirida por los medios que aconsejan los buenos principios sociales. Ilustración, si quereis resolver el problema. Ilustración, porque con ella no buscariais vosotros, obreros, esa emancipación engañosa, que como último término vendría á parar á la más absurda de las tiranías, sujetos como quedabais al poder de *La Internacional*, que á su capricho os dictaría la ley: ilustración, porque con ella tenderiais á asociaros libres, libérrimamente al capital, única cooperación que debeis apetecer, única posible y única duradera, porque no está basada en la fuerza ni en el antagonismo de intereses, sino en la conveniencia y en la más lógica necesidad.

— Pero como esto sería afirmar más y más los derechos sociales en sus bases; como esto no conduciría al *desideratum* de nuestros internacionalistas; como esto sería edificar y lo que se trata es de destruir, no nos extraña que en vez de ilustración se quiera llevar á la clase obrera, cuya redención tanto se enaltece, al embrutecimiento, á la ofuscación y á la saña, para acabar con lo que estorba

á esos apóstoles de la propaganda en el logro de sus maquiavélicos planes. Esta es la verdad, y, aunque amargue, debe decirse con franqueza.

Como la union es la fuerza, tratáis de unir á los obreros so pretexto de acabar con antiguos privilegios, de suyo en desuso, y sostener su dignidad de hombres, que nadie les niega, que ninguno les disputa, y que á todos se nos reconoce.

Si para hacer prosélitos de una idea ó de un sistema se empieza halagando á los obreros las pasiones, describiéndoles una situacion tristisima y una Jauja al salir de ella si abrazan la bandera internacionalista, los resultados al principio serán satisfactorios, el número de los afiliados crecerá de una manera asombrosa; pero si al tocar la realidad, si al entrar en esa soñada Jauja hallan sólo un erial que con su soledad espantosa viene á aumentar lo amargo del desengaño; si la verdad, abriéndose paso, llega á demostrarles lo absurdo de vuestras doctrinas, las deserciones del bando serán un hecho, y los que creyeron gozar las dulzuras de un paraíso tendrian que sufrir el más triste de los infortunios, el de la miseria.

¡Oh, si la trasformacion se hiciera sin funestas conmociones, al ménos el desastre no llegaria á su colmo!

Y no se nos diga que combatimos á *La Internacional* sin conocer sus estatutos: hemos leído algunos de sus escritos, comprendemos muchas de sus manifestaciones; y si esto no fuera bastante, sus ataques á la propiedad, su deseo de acabar con el capital, su afan de imponer el precio á los salarios, su absurda é incomprensible reglamentacion del trabajo, nos darian campo suficiente y razon sobrada para impugnarla, á pesar de las formas seductoras con que pretende ocultar sus principales tendencias.

Las cajas de resistencia, cuyo planteamiento encarece; esa diligencia de acaparar fondos con que hacer frente á los gastos de la empresa que acomete, pueden aparacer sospechosas á los ojos del ménos avisado, si se empeña en buscar los puntos oscuros de tan filantrópicas gestiones.

No es el espíritu de oposicion el que nos guía, no que-

remos hacer suposiciones gratuitas sobre el caso; creemos que algo debe ocultarse en el fondo, y que no todo ha salido á la superficie.

Tenemos nuestros recelos, que forman ya una convicción; mediten sobre ellos los obreros.

Si *La Internacional* caminara viento en popa, si aumentasen sus sociedades ó regiones, si fuesen numerosos sus afiliados é incalculables los recursos de sus cajas, el poder de que entónces dispondría, ¿no pudiera ser *irresistible* y *formidable*? ¿No querría terminar por imponerse al empresario? ¿No pretendería disponer á capricho de su vida industrial y hasta de su ruina, bien privándole del concurso del trabajo, cuyo monopolio ejercería, ó bien imponiéndoselo á un oneroso precio? ¿No convertiría los talleres en absurdos conventículos, ó en asociaciones obreras bajo el sistema comunista, donde los asociados reemplazaran á los salarios, y donde la explotación, de que tanto quiere huirse, se ejerciera bajo el más tiránico de los despotismos?

¡Ojalá nos equivocáramos en nuestra opinion! ¡Ojalá no salieran ciertos nuestros temores!

Por desgracia no es así: al leer en sus folletos cómo os enseñan á odiar á las demás clases, diciéndoos que con el robo de vuestro trabajo pueden regalar los empresarios á sus esposas ó queridas (expresion suya) los chales por que suspiran, los briosos caballos y cómodos coches que desean, y los viajes de recreo de que tanto gustan, es de sospechar que sus fines no sean tan santos como los pintan, ni que su misión sea lograr en la sociedad el imperio de la moral, de la verdad y de la justicia. Para esto no es necesario despertar odios ni rencores, hablaros de chassépots ó de fusiles de aguja, atentar á la propiedad pidiendo el repartimiento, proclamar el derecho al trabajo y la tasa al salario: por este camino iriais á parar al caos más triste y á la anarquía más espantosa, de la que no saldrían triunfantes la justicia, ni la moral, ni la verdad, sino un tirano de abajo, más sanguinario que los de arriba, que alzándose sobre vosotros os esclavizaría arrancándoos la verdadera igualdad, y con ella la justicia, y sin justicia no

puede haber moralidad, así como sin esta la verdad es imposible.

No lo dudeis; porque tened entendido que el imperio de la verdad, de la moral y de la justicia no puede ser estable, no puede conseguirse en una sociedad que llamando monopolio á la influencia del capital quiere sustituirle por el del trabajo; que con el comunismo más absurdo pretende igualar, no ante la ley, sino ante el capricho, clases, condiciones y estados de suyo diferentes, para formar la verdadera armonía; que enseña á odiar á los ricos (felices), á los magistrados, las leyes, y hasta las más santas manifestaciones de la caridad, llamando á los asilos benéficos cárcel inmunda, donde, no por fraternidad, sino por egoismo, se arrojan al proletario unas miserables migajas para matar su hambre, ó ganar una gloria en que, según ellos, estúpidamente se cree. ¿Qué podeis esperar de una sociedad que, recordando el *mercatura vilis* de Ciceron, llama sanguijuelas sociales á los grandes y pequeños comerciantes, sin conocer su mision ni su influencia en los destinos de los pueblos? ¿Qué porvenir os ofrece una sociedad en que imperara el socialismo por el estado de las antiguas Grecia y Roma, en que el vicio sustituyese á la virtud, y las bacanales y orgías fueran su habitual ocupacion? ¿Es posible que pueda ilusionar una sociedad por el estilo? No; porque á serlo, tendríamos que suponer al obrero dispuesto á sufrir las más amargas decepciones.

¡Ilusos internacionalistas!

Edificais sobre arena, y aparentais ignorar que si el cimiento es débil, el edificio sin llegarse á concluir se derrumba. ¡Cuidad no os sorprenda debajo al desplomarse!

La sociedad, que siglo tras siglo ha venido trabajando para colocarse á la altura que hoy se encuentra, no transige, no puede transigir con vuestras utopias; no consiente que cual malos hijos desgareis sin piedad las entrañas de la madre. Por eso trata de desenmascararos, presentandoos á los obreros tal y cómo sois; por eso les dice que la emancipacion con que les brindais es una mentira, la Jauja que les prometeis un halago para atraerles, y las teorías de que llenais su cabeza un absurdo, que sólo

puede conducirles á la más denigrante de las abyecciones.

Por eso les dice: huid de *La Internacional* como de un abismo; no porque os tema, no porque sienta perder una explotación que no ejerce, no porque pretenda oprimir con un yugo que no ha impuesto, sino porque conoce vuestro fin, sabe vuestras aspiraciones y tendencias, y no ignora que la devastacion y la ruina serian el último resultado de vuestros delirios.

Si lo dudais, leed la historia contemporánea; su última página está escrita con sangre; lo rojo de sus letras nos está diciendo qué se puede esperar de las predicaciones internacionalistas.

París es el espejo en que se ha retratado *La Internacional*: obreros, mirad su horrible figura.

III

Derecho de propiedad.

La propiedad es un robo.

PROUDHON.

Condenad la propiedad, y habreis hecho el llamamiento más solemne á la barbárie; abolid la propiedad, y habreis abolido la civilizacion; proscribid la propiedad, y habreis proscrito la sociedad.

GARCÍA RUIZ.—*Dios y el hombre*, c. 11, Propiedad.

Imposible parece que se reproduzcan de nuevo los ataques al derecho de propiedad. Sólo pueden admitirse en cabezas cuyo único placer sea causar trastornos, y que no tengan otra ocupacion más que la ociosidad, madre de todos los vicios. ¡Si fuesen tan amantes del trabajo como del reparto, seguros estamos abandonarían tan absurdas predicaciones! El que no sabe ó no quiere trabajar, no puede saber tampoco el profundo respeto que merece la propiedad.

El derecho de propiedad es tan antiguo como el mundo. Desde que sus primitivos pobladores empezaron á extenderse por la tierra, fué una de las bases fundamentales en que descansaba su naciente civilizacion. El *tuyo y el mio* formaron su punto de partida, que continuó reconociéndose por todos, á pesar de los repetidos ataques que más tarde le dirigian los antiguos filósofos. Si abrimos los li-

bros sagrados, encontramos establecido el derecho de propiedad en los dos primeros hijos de Adán y Eva. Abel, más trabajador que su hermano Cain, presenta, como ofrenda á Dios en el culto que le rendian, productos de mejor aceptacion que los ofrecidos por éste. Tan justa preferencia desarrolla en Cain la pasion de la envidia, impulsándole á asesinar á su hermano, primera víctima sacrificada en defensa de lo que en el desenvolvimiento del mundo habia de constituir el más santo de los derechos. Es indudable que los intereses no eran comunes entre los dos hermanos; cada uno tenia su propiedad independiente del otro. La humanidad quedaba dividida por este asesinato en dos bandos: el de los buenos, cuyo jefe era Seth, sucesor de Abel; y el de los malos, bajo la direccion del fratricida Cain. Si esta division á raíz de nacer el mundo tiene en lo moral significacion altísima, no lo es menor en lo social y económico.

Los intereses son ya distintos; cada raza ha de procurar la conservacion de lo que le pertenece, no consintiendo que su enemiga se lo usurpe; cada familia tenderá á perfeccionarlo para que preste las mayores utilidades; y en este progreso, con esta idea de conservacion, se afirma más y más el derecho de propiedad, porque considera como suyo aquello sobre que ejerce dominio, que no ha usurpado, que es producto de su ingenio, y que si estuviera á merced de todos, sus esfuerzos sólo tendrían por resultado el triunfo de la holganza sobre el trabajo, ó del crimen sobre la virtud.

Si el establecimiento del *tuyo y mio* no fuera bastante para demostrarnos que el derecho de propiedad es tan antiguo como el mundo, nos lo vendria á probar el comercio desde su nacimiento hasta nuestros dias. Ni todos los individuos pueden producir las cosas que necesitan, ni todos los pueblos bastarse á si mismos. Este principio, conocido en la antigüedad, hizo preciso el cambio. Como no siempre el producto que se recibia era en valor igual al que se entregaba, de aquí la necesidad de exigir al comprador el exceso, que satisfacía gustoso, no porque sufriera la imposicion del vendedor, sino porque reconociendo

el derecho de propiedad sobre lo que buscaba, comprendía la obligación de pagarlo en su justo precio.

Esto se ha venido practicando en todas las épocas, y esto se hace hoy como el más elocuente testimonio del respeto á la propiedad.

No faltaron, sin embargo, filósofos y oradores que, en vez de respetar el *tuyo y el mio*, base fundamental de toda sociedad bien organizada, levantarán cruzadas en contra suya. Platon, Ciceron, Lactancio y otros muchos hasta nuestros modernos innovadores, predicaron más ó ménos descaradamente contra la propiedad individual, que al fin triunfó de sus ataques, pacíficamente unas veces, y otras entre lagos de sangre.

La historia en su desenvolvimiento nos demuestra también de esa manera magistral, propia y peculiar suya, que cada ataque á la propiedad ha causado una parálisis completa en la producción. Para sostener Roma su sistema socialista en materia de cereales, tuvo que apelar á la fuerza; y cuando por ella y con ella se apoderó de Sicilia, de España y del N. de Africa, imponiéndolas soberbios tributos como vencidas y como provincias nutrices, atacando el derecho que tenían á su propiedad y arrancándolas su dominio, vemos desaparecer la industria agrícola en estos territorios, abandonada por sus cultivadores. ¿Y sabeis, internacionalistas, cuál fué la causa? porque tenían coartada su libertad de producir; la propiedad no era suya, sino del usurpador; los artículos que obtuviesen no les rendían ganancia alguna, ni lograban en su cambio más que el látigo del verdugo pidiéndolas subsistencias con que alimentar las inmundas bacanales de la degradada Roma. ¡ Ahí teneis en la historia antigua una de las consecuencias más tristes de los injustos ataques á la propiedad! Por eso, cuando cayó el despótico poder de Roma y los pueblos se fueron emancipando de su vergonzosa tutela, la agricultura empezó otra vez á desarrollarse, y hubiera continuado progresivamente si otras causas posteriores, hijas del fanatismo religioso unas, y otras de absurdos económicos, no influieran sobre su desarrollo de una manera tan fatal como vuestros utópicos delirios.

Pero definamos la palabra, y de este modo lograremos deslindar los campos.

¿Qué es la propiedad? Para vosotros, internacionalistas, segun vuestro pontífice Proudhon, que ni aún la gloria le pertenece de ser el primero que lo dijo, es un robo; para nosotros es el *producto santo y legitimo del trabajo y del ahorro*, y el no ménos respetable de *la herencia*. No sirve digais en vuestro apoyo que en muchos la propiedad no está adquirida por estos medios, porque esto, sobre no ser argumento, la excepción no destruye la regla general. Si del hecho, que no podeis negar, de que hay muchos *holgazanes*, dedujéramos que lo eran todos los internacionalistas, ¿no protestaríais contra tal afirmacion, pidiendo el más soberbio castigo para el calumniador? Pues aplicad la consecuencia.

En la region de lo moral ligan al hombre los lazos del amor y del cariño; en lo social y económico los del interés. Haced comun la propiedad, estableced de la universal familia una asociacion á vuestro gusto; ordenad que los asociados trabajen segun vuestros mandatos, y que los productos se lleven al depósito general para repartirlos desde allí á cada uno, segun sus necesidades, que determinaríais por supuesto; obligad á todos á que sean hermanos en el sentido *fraternal* que dais á esta palabra; tened, en fin, vuestra sociedad delirio, ¿qué habreis conseguido? aniquilar la produccion; porque el trabajador no se prestaria gustoso al cultivo sabiendo de antemano que ni su esfera ni condiciones habian de variar produciendo; aumentar el número de los holgazanes, que teniendo asegurada la satisfaccion de sus necesidades, huirian en lo posible del trabajo, aspirando á poseer en esa nueva sociedad un puesto de representacion en que todo se lo dieran hecho. ¿Lo dudais? pues tenedlo por seguro. Para conseguirlo se hacia preciso que todos fuéramos igualmente *buenos, igualmente trabajadores, igualmente hermanos*, y esto es muy dificil acá en la tierra; se queda sólo para allá arriba, porque el país de los ángeles es el cielo, y nosotros, ¡me parece, tenemos muy pocos deseos de ser ángeles, ni *fraternizar* con perjuicio.

Bien ciertos estamos que si dijerais á uno de esos proletarios, *trabajador*, cuya causa defendeis y por cuya emancipacion abogais, que á fuerza de desvelos y ahorros habia logrado adquirir un poco de propiedad territorial, pon ese pedazo de terreno á nuestro servicio y mandato, porque es un robo, y ni él ni sus productos te pertenecen, os devolveria en medio de su santa indignacion la frase, y no querria entregároslo á cambio de los derechos con que le brindais, ni del comunismo que le prometeis para perderle.

Aquel terreno era suyo, se desveló en su trabajo para conseguirlo, contituye su *propiedad*, el porvenir y el santo egado de sus hijos, y por nada, ni por nadie quiere desprenderse de ello; si ántes lo hubiera sabido, ni trabajara ni ahorrara, ni pensara en el porvenir, ni hiciera, en fin, otra cosa que vivir al dia, sin aspiraciones y sin nobles esperanzas, producto del entrañable amor hácia sus hijos, y cuya realizacion constituye el bello ideal de su vida. *Liquidad* á ese obrero, y con él, si podeis, la sociedad; cuando creais haber llegado al término de vuestro delirio, sólo tendreis el caos, la degradacion y el salvajismo más abominable.

Los obreros conocen ya que éste seria el *verdadero* fin de vuestras predicaciones.

Si os vieran empezar la liquidacion por vosotros mismos, si constituyerais vuestros conventículos y comunidades, ya aprenderian los obreros la diferencia que hay de lo ideal á la práctica; y tal vez en una explosion de entusiasmo por la causa se tomasen el papel de liquidadores, y vosotros tuviérais que aceptar el de liquidados ¡Quién sabe! la historia encierra lecciones de todo en [sus páginas, y verdad es que nada hay nuevo bajo del sol.

Son vanos vuestros ataques á la propiedad; los que la tienen no se desprenden de ella, ni os la regalan así como por vía de fraternidad; los que no la tenemos y deseamos adquirirla por el *trabajo* y por el *ahorro* solamente, calculad lo que podeis esperar de nosotros cuando os son conocidas nuestras doctrinas, que como única verdad decimos á los obreros para que no caigan en vuestro lazo. Seamos

francos y deslindemos los campos; quede, pues, sentado que están enfrente de vuestras teorías los propietarios legítimos y los amantes del trabajo y del ahorro; restad los que quedan como afiliados á vuestra bandera, y decidme si con ellos fundareis sociedades estables, legales y justas, en que imperen la igualdad, la justicia y la moralidad; ó si por el contrario, una en que el caos fuera su vida, la degradacion su forma, y el aniquilamiento su razon de ser. Esto es incuestionable.

¡ Ah, internacionalistas, que bien hariais predicando la ilustracion en las clases cuya defensa habeis tomado, sin llamaros como á sus procuradores, en vez de enseñarlas á que odien lo que merece respeto, y que á comprenderlo serian los primeros en tributar! Por fortuna, vuestras locuras caen como gota de agua en el inmenso Océano, que ni altera el movimiento de sus olas ni la saludan siquiera en su majestuosa marcha!

Sois los ménos, y estais juzgados. Los obreros van conociendo la verdad y aprenden á distinguirla del error; ¡es inútil trabajéis para afiliarlos á vuestro bando! Sólo podeis contar como partidarios á los aficionados á la holganza, que quieren obtener sin el trabajo medios y elementos suficientes con qué satisfacer sus necesidades. Por eso les halagan vuestras promesas de reparto, no para explotar lo que les correspondiese, sino para tener esclavos empleados en su cultivo, del que serian jefes directores. Si tanta aficion tienen á lo ajeno, si tanto apetecen la propiedad territorial, decidles los inmensos eriales que hay sobre la superficie de la tierra esperando brazos que los hagan productivos; vereis cómo no los aceptan, porque estos exigen *trabajo*, y aquí la cuestion está en poseer sin trabajar. ¡Qué famosa fraternidad la de algunos internacionalistas!

Fijense los obreros en las tendencias de *La Internacional*; sepan que los propagandistas de sus absurdas ideas tienen abandonados sus talleres y trabajo; sepan que los fondos empleados en repetidos viajes, maquinaciones y trastornos no pueden salir de otra parte que de sus cajas de resistencia; conozcan que estos modernos apóstoles tienen esposas, hijos, obligaciones cuyas necesidades deben

satisfacer, y que para ello no trabajan; aprendan que se les incita á apropiarse de lo ajeno, y que lo mismo ha de suceder mañana con lo que logren adquirirse.

¡Obreros! No olvidéis que vuestros emancipadores, sin *rentas* ni *trabajo*, disponen de capitales y los dilapidan sin tasa; meditaad sobre esto, que encierra para nosotros una lección provechosa.

El que quiera tener propiedad, aprenda primero á trabajar; adquirirla por el reparto es un robo. Nadie que se precie de honrado apela á medios inmorales para poseer un objeto.

Para que se nos respete, es preciso empecemos respetando á los demás; si hoy atentamos contra la propiedad de los otros, estemos seguros que mañana se atentará también á la nuestra.

IV

Derecho al trabajo; precio al salario.

Dadme el derecho al trabajo, y yo os daré el derecho á la propiedad, decia Proudhon en una de sus elucubraciones socialistas.

Confesamos que error más grande no puede concebirse, pero que tampoco se puede decir con más descaro.

Regalar el derecho de propiedad, renunciar al derecho de verla repartida en beneficio del proletario, y pedir el derecho á una cosa sobre la que hay un *deber* de practicar, es indudable envuelve una idea de trascendencia que debemos examinar en todas sus fases.

No debe considerarse solamente el derecho al trabajo como uno de los varios resortes con que cuenta el mecanismo emancipador de *La Internacional*, hoy vuelto á poner en moda; no debe tomarse como una promesa para afiliar prosélitos á una idea; su aplicacion debe ser más inmediata y su significacion más gráfica. Penetremos en el fondo, y veamos lo que sale á la superficie.

El derecho al trabajo segun los internacionalistas, no puede representar más que una imposicion de abajo ó el tormento producido por un deseo no satisfecho.

Apercibido el obrero que el derecho al trabajo significa poderle exigir cuando quiera, como quiera y cuanto quiera; concedor tambien de lo importante de su cooperacion

para el desenvolvimiento de la industria, se creará un poder bastante fuerte, capaz de dictar leyes, imponer condiciones, declarar la guerra al capital, á quien considera su más implacable enemigo, y presentándose ante él con la arrogancia que presta la soberbia, querrá sujetarle al carro de su capricho. Hoy quiero trabajar, dame trabajo; pero ha de ser en esta forma, y ha de durar tanto tiempo. Que no hay primeras materias, que el consumo no reclama el artículo, que la profunda crisis tiene paralizados los negocios, que la lucha entre los pueblos ó entre los partidos hace abandonar la produccion, que no hay capital para satisfacer los jornales, no importa; trabajo es lo que se necesita; hay para él un derecho, y es preciso que el capital le respete y reconozca. Busca si no tienes, sal de la crisis como puedas, obliga á ese consumo que demande los productos, adquiere primeras materias, arruínate, haz, en fin, lo que te plazca, y dame trabajo sin atentar jamás á mi derecho, porque si no..... si no, qué ¡señores internacionalistas! si no, apelaremos á la fuerza, y con ella haremos se respete nuestro derecho; el proletariado se cansa de sufrir la tiranía y estamos dispuestos á que concluya. ¡Magnífico cuadro! Ya que de fuerzas se trata, ¿olvidais, por ventura, que la balanza ha marcado hácia qué parte debe inclinarse? Puesto que de derechos se habla, ¿desconocéis el que le asiste al capital para moverse en la esfera de accion que le convenga? ¿No atentais contra el suyo obligándole á que siga el curso de vuestras absurdas pretensiones, os respete, os atienda y os sufra, cuando ni le atendeis, ni le respetais, ni le sufrís? ¿Qué es esto más que la guerra de abajo á arriba, y la imposicion injusta é irritante con las tristes consecuencias de desquiciamiento y anarquía en todas las clases sociales? ¿Lo dudais? Bien lo comprendemos; el ciego no puede admirar las bellezas de la luz. Desde el momento que el trabajo se presente ante el capital en són de guerra y tratando de obligarle á aceptar sus condiciones, le hará retirar de la produccion, el consumo se resentirá, las necesidades aumentarán en razon inversa de los medios de satisfacerlas; y cuando todas las clases sociales se aperciban de que la causa no es otra que un delirio,

aunarán sus esfuerzos para combatirle, y de esta lucha no puede salir nada bueno para el obrero, que durante ella estará en la ociosidad más injustificable, viendo consumir los capitales de sus cajas de resistencia en pólvora para sostener el fuego con el enemigo, convertida al fin en humo como las ilusiones que bullían en su cabeza, merced á las teorías internacionalistas.

Si la victoria era suya, es indudable ejercería el despotismo del vencedor, y la imposición de abajo sería un hecho, en el que el obrero no tendría otro papel que el de verdugo, dirigido por la jefatura suprema de *La Internacional*; si por el contrario era vencido, ¡cuál no sería su tormento al ver irrealizable el derecho que formaba el ideal de sus deseos, logrando en cambio la más triste de las decepciones! Por eso afirmábamos que el derecho al trabajo no podía representar más que una imposición ó un tormento.

Derecho al trabajo, ninguno; *deber* de trabajar, todos.

El derecho al trabajo es una palabra hueca y vacía de sentido, que sólo sirve para causar trastornos y alimentar ilusiones de realización imposible. Medítenlo bien los obreros; seguros estamos comprenderán el poco valor que en sí encierra, y que con él sólo pueden conseguir un perjuicio en sus intereses.

Aprendan su verdadera posición económica como trabajadores, agentes indispensables de la producción; estúdienla y traten de desenvolverla con los grandes medios de que disponen: entónces no se ocuparán de pedir un derecho para lo que tienen un *deber*, ni pretenderán imponer su fuerza productiva con actos casi siempre injustificables.

Escrito acerca del derecho al trabajo cuanto nos permiten las cortas dimensiones de este folleto, réstanos ocuparnos de la tasa al salario, para combatir las principales doctrinas de los internacionalistas.

El trabajo, como fuerza de producción y elemento de consumo, viene á tener en el mercado industrial la misma significación que cualquiera otra mercancía. Dos entidades consideramos principales en cada acto mercantil, la que compra y la que vende; otras dos debemos considerar en el desenvolvimiento de la industria, la que trabaja y para

quien se trabaja. Si los intereses del comprador y vendedor son opuestos, porque éste desea vender caro lo que aquél pretende adquirir barato, también lo son los del obrero y el empresario, que tiende á obtener mucho trabajo á poco precio, así como el obrero desea mucho precio con poco trabajo. ¿Qué ley preside entre comprador y vendedor para llegar á un acuerdo? ¿Esta ley armoniza efectivamente los intereses de ambos sin imposición alguna y de mútuo consentimiento? Pues esa misma debe existir entre el obrero y el empresario, puesto que la diferencia entre estos y el vendedor y comprador no es más que de nombre.

Si la ley de la oferta y el pedido determina el precio de los productos, ella y sólo ella debe determinar también el precio del trabajo, tanto en la retribución como en el tiempo. Salirse de su dominio es venir á parar á un monopolio y á una explotación injusta siempre, bien sea por el empresario en perjuicio del obrero, ó bien del obrero en perjuicio del empresario. Tan irritante es un privilegio como otro; por eso, lo mismo que combatimos la imposición de abajo, lo hacemos con la de arriba; por eso, reconociendo y respetando el derecho de las huelgas cuando están fundadas en buenos principios económicos, nos oponemos á ellas, reprobando los medios puestos en práctica para ejercerlas y la tendencia que envuelven; por eso aspiramos, en fin, á que desaparezcan por completo las leyes restrictivas, tanto en industria como en comercio, sustituyéndolas con otras basadas en la verdadera libertad, que ni aseguren mercados ni reglamenten la producción. Queda, pues, sentado que las relaciones entre el obrero y el empresario, bajo este punto de vista, son las que determinan la oferta y el pedido.

El empresario no cerrará sus talleres á capricho, y el obrero no negará su trabajo, obedeciendo á una idea de destrucción, en la que quizás llevaría la peor parte. Si el obrero ofrece su trabajo á alto precio, el empresario le aceptará si le conviene, así como si éste tiende á la baja, el obrero, examinando las condiciones del mercado, presentará su concurso á la producción, ó le negará, seguro de que al fin ha de hacerse justicia á sus intereses.

Tal es la cuestion presentada en la única forma en que debe examinarse.

¿Es así cómo la desenvuelven nuestros internaciona-
listas? ¿Son esas las relaciones que marcan entre el tra-
bajo y el capital? ¡Ojalá lo fuesen! tendríamos un placer
en consignarlo. En su frenética pasion por las innovacio-
nes, llaman monopolizador al capital, incitan al obrero á
sublevarse contra los supuestos privilegios de que disfruta,
quieren sujetarle á su capricho, y atándole al carro de su
igualdad universal, aspiran á destruir la influencia que
ejerce en el desarrollo económico de todas las clases socia-
les. Que no es una suposicion gratuita, bastarán para de-
mostrarlo sus mismas palabras. Oigámosles decir, como si
expusieran un argumento incontestable, que el empresa-
rio suspende el trabajo, y cierra su fábrica en la certeza
de que, no pudiendo el obrero soportar por mucho tiempo
verse privado del único elemento con que cuenta para sa-
tisfacer las necesidades de su consumo, terminará por
prestarse á sus exigencias. Si no supiéramos que nadie
produce por el capricho de producir, y que nadie trabaja
sin provecho, tal vez cayéramos en el error de suponer
como posible una facilidad tan grande para cerrar talleres
y decretar huelgas forzosas. ¿Por qué no presentais la
cuestion bajo su verdadera forma? ¿No puede suceder que
el empresario en vez de rendimientos alcance pérdidas de
consideracion bastantes para obligarle á retirarse de una
industria en la que sólo puede encontrar su ruina? ¿Sería
un crimen, en este caso, la suspension de trabajo? ¿Po-
dríamos obligar á este capitalista á que por completo se
arruinase? Y si lo hiciéramos, ¿sería fraternal? ¿sería mor-
ral? ¿sería justo? Respondan á estas preguntas los moder-
nos redentores del obrero, que pretenden representar el im-
perio de la fraternidad, moralidad y justicia.

Cuando el empresario, por la gran aceptacion de su in-
dustria, el consumo de sus productos, los adelantos que
plantea ó por el desarrollo de su fábrica, logra obtener al-
gunas ganancias, entónces hay tiranía, hay robo, hay ex-
plotacion; las utilidades son gotas de sudor arrancadas al
obrero, no pertenecen al capitalista, deben *repartirse* entre

los que con su trabajo se les han proporcionado; pero si las malas condiciones de la industria, la calidad de los artículos ó el poco consumo obligan á cerrar la fábrica ó suspenderla hasta mejor ocasion, entónces no hay una palabra de consuelo para el capitalista arruinado; los obreros deben mirar impasibles la catástrofe, y el empresario no tiene derecho á exigirles que se repartan los daños, reintegrándole en algo del capital que perdió. ¡Soberbia justicia! ¡magnífica igualdad! ¡Á cuánto no conduce el deseo de innovar, y qué egoísmo tan triste no encierran ciertos delirios!

Si las huelgas, en el sentido legal de la palabra, han de representar una solucion económica y la protesta contra una imposicion injusta, es preciso que su desenvolvimiento se haga en calma y que no sirvan para causar perturbaciones. De este modo no habria por qué combatir las, apoyadas como estaban en los buenos principios de la ciencia. Mas si con ellas se trata de obligar al capitalista á que, quizás en contra suya, satisfaga exigencias onerosas de precio y aminore las horas de trabajo; si con ellas se aspira á la dictadura del obrero sin dejarle siquiera la satisfaccion de ejercerla, las huelgas en este caso no representarían otra cosa que el deseo de causar un mal y el placer de trastornar la sociedad.

¿Hemos de mirar impasibles cómo convertís las huelgas en instrumento de maquiavélicos planes, aspirando á realizar con las cajas de resistencia la utopia de vuestro ideal, sin que os detenga el luto que causais, ni la desolacion que siembran vuestras satánicas doctrinas? ¡Qué puede esperarse de vosotros, que predicando la libertad ejercéis la esclavitud!

Sois muy dueños de aconsejar la huelga á vuestros afiliados; sois muy dueños de negar su concurso á la produccion; pero si otros obreros que no profesan las doctrinas de *La Internacional* desean continuar trabajando, porque juzgan el trabajo suficientemente retribuido y hallan justas las horas que en él deben emplear, dejadles que obren segun los impulsos de su conciencia; son libres tambien, son dueños de su albedrío; no se lo impidais por el

asesinato como en los crímenes de Sheffield y tantos otros, que os han deshonrado á los ojos del mundo, presentandoos ante su vista tal y como sois.

Las huelgas así no se justifican; de este modo no pueden conducir al obrero al término con que halagáis sus ilusiones; por este camino le arrastrarán al caos y á la anarquía; y el látigo que colocáis en su mano, la tea con que le preparáis para el incendio, tal vez se les escapen en la confusion y vengan á parar á poder de un déspota que, alimentado por ellos mismos, cruzará su rostro y quemará su hogar. Entónces vosotros, que en calma y á sangre fría preparasteis tan triste tragedia, les dejaríais en manos del verdugo, y ya que no pudisteis lograr vuestros fines de destruccion, os vengaríais amargando con risa sarcástica la esclavitud horrorosa á que les condujo su torpeza en creer falsas y engañosas promesas.

De nada valdria para los obreros el codiciado derecho al trabajo despues de arruinar la industria; nada significarian los deseos de tasar el salario á su capricho cuando hubieran ahuyentado el capital; nada les serviria su delirio por el reparto despues de haber destruido la propiedad; nada, en fin, les produciria esa soñada Jauja cuando en vez de un paraíso encontrarán un erial, y las dulzuras de la libertad fuesen para ellos el martirio del esclavo.

Obreros; estas, y no otras, serian las consecuencias de las locuras internacionalistas; si no quereis sufrir sus horrores, es preciso meditar é instruirse. Meditad, y comprendereis los verdaderos móviles que presiden á *La Internacional*; instruios, y conoceréis el bando en que tratan de afiliaros, sujetandoos á un poder tiránico cuando os prometen la emancipacion; meditad, y sabreis que para lograr sus fines os hablan de látigos y de incendios, os enseñan el odio á las demás clases, el desprecio del amor santo á la familia, sustituyéndole por una comunidad vergonzosa; instruios, y comprendereis que su Jauja es un sueño y huecas palabras su fraternidad y socialismo; meditad é instruios, y de este modo comprendereis cuánto es más ventajoso llevar vuestros ahorros allí donde produzcan y sirvan mañana para una mejora ó un recurso en una

desgracia, que destinarles á las cajas de resistencia para sostener huelgas, cuyos resultados podeis apreciar, ó para tenebrosas maquinaciones que, perturbando la sociedad en lo más profundo de sus bases, traigan la confusion, de la que sólo saldrian gananciosos los aficionados á la holganza y al merodeo.

Si hay explotacion, destruyámosla todos de consuno y pacíficamente, buscando la asociacion libre del capital y el trabajo; dejémonos de locuras, propias de los que sólo gozan con la destruccion y la ruina.

Y vosotros, internacionalistas, propagadores de ideas odiadas allí donde nacieron, que so capa de emancipar al proletario pretendéis esclavizarle valiendoo de halagos y promesas de realizacion imposible, seguid en vuestra obra; la sociedad, cuyas bases quereis conculcar, os espera firme y tranquila en su puesto. Nada os detenga; explotad la ignorancia del proletario para llevarle al paraíso de vuestros sueños; enseñadle sólo que odie á todo y á todos; prometedle manás que no han de caer y Jaujas que no han de existir; dormidle al rumor de vuestros ecos comunistas y socialistas; llevadle, en fin, al pináculo de vuestra gloria; si al despertar halla sólo la anarquía, si vé que el maná se ha secado y que se ha destruido la Jauja, si halla espinas y abrojos donde creyó encontrar un magnífico verjel, y al explicarse la trasformacion descubre el engaño y os pide cuentas, allá os entendais para saldarlas; impassibles miraremos destruido en un instante lo que habeis edificado durante muchos dias. Contad bien las fuerzas y asegurad el golpe. Tal vez los engañados y los ignorantes sepan más en aquel momento y truequen los papeles. ¡Todo es posible! Sembrando vientos no se pueden recoger más que tempestades.

Ejemplo de ello nos da la triste página que escribe la historia contemporánea en la asquerosa traduccion de las ideas internacionalistas que hoy destruye á Paris y á la Francia entera. ¡Quiera el cielo que la leccion traiga tanto provecho en el porvenir como daño está causando en el presente!

Aprendan nuestros obreros de la *Commune* de Paris;

allí están practicándose las doctrinas de *La Internacional*, y pueden conocer los resultados que traería el triunfo de sus utopías.

Huid de ella como de un abismo; apartad la vista con asco; su aspecto inspira horror.

Respetemos la propiedad si queremos que se respete la nuestra; ejerzamos el trabajo como un *deber* y no como un derecho, y determinemos su duracion y precio por medio de la competencia de obreros y capitalistas entre sí, segun aconsejan los buenos principios económicos.

De este modo se resolverá pacíficamente el problema sin apelar para ello á monstruosas perturbaciones.

Tengan en cuenta nuestros obreros que la verdadera emancipacion se consigue ilustrándose. El imperio de la verdad, de la moralidad y de la justicia no pueden traerle las ideas de *La Internacional*; está reservado á la ilustracion.

No olviden que el comunismo es la demagogia que embrutece, y el embrutecimiento lleva como término seguro al salvajismo y á la barbárie.

Dos palabras ántes de concluir.

Nos propusimos decir la *verdad á los obreros*, y á ello se han dirigido nuestras pequeñas fuerzas.

De intento hemos procurado reducir en lo posible las páginas de este folleto, áun á riesgo de no tratar las cuestiones con la extension que su importancia requiere.

¡Ojalá que estas líneas arrancasen la venda que ciega los ojos de algunos incautos afiliados á la bandera internacionalista para servir de instrumento á maquiavélicos planes! ¡Ojalá que por ellas abjurasen sus erróneas doctrinas, empleando en los centros de instruccion el tiempo que in-

vierten en asistir á sus reuniones y conciliábulos! Tal vez pidamos mucho para lo poco que ellas valen.

El buen deseo nos ofusca, porque nuestras aspiraciones no son otras que ver concluido el baluarte contra el que se estrellen los ataques de las modernas furias, que para desquiciar la sociedad han esparcido los avernos comunista y socialista.

Madrid 20 de Mayo de 1871.

vieron por venir a sus reuniones y conferencias. Tal vez
 muchos muchos para la noche de este día. Tal vez
 El buen día nos dio, pero no obstante algunas
 no son otras que por completo el balance entre el que se
 asieron los platos de las modernas artes, por para que
 un día de los días ha cambiado los otros cambios
 y socialista.

Madrid 20 de Mayo de 1911







BOLETOS VARIO



HACIENDA

2

F.A.